

1. Introducción

Hablar de corrección política se ha convertido en uno de los temas habituales de las tertulias políticas o de las columnas periodísticas. Pero lo políticamente correcto no es tanto una moda sino que atiende a una profunda transformación de la cultura política y comunicativa de las sociedades occidentales. Frente a las transformaciones del lenguaje debemos contraponer dos tesis: o bien la espontaneidad de los cambios (con o sin finalidad), o bien la teledirección por parte de grupos de presión o elites. Cuando las transformaciones lingüísticas tienden a la unificación, estandarización e imposición, entonces, hay que sospechar una “intención política” (Bourdieu, 2001). Aunque, como adelantaremos en esta comunicación, las acciones “conscientes” de determinados agentes sociales, pueden servir a lógicas inherentes de los propios sistemas sociales. Con la aparición de las ideologías, en la modernidad, las transformaciones lingüísticas y los cambios valorativos se produjeron por la censura, el sistema educativo dependiente de un Estado centralizado o la propaganda (Lippmann, 2003). Pero en la posmodernidad, esta “objetividad” del Estado, o de las estructuras de poder, queda “subjetivada” bajo otras formas comunicativas, como la irrupción de nuevos sistemas de valores (Barraycoa, 2002), o “invisibilizada” (Luhmann, 2005) con la transformación de los sistemas comunicativos.

Desde la sistémica se ha intentado concebir el sistema de comunicación como un sistema de poder y el sistema de poder como, a su vez, un sistema de comunicación autopoietico. Con un lenguaje menos sociológico, Hannes Mäder sentencia que: “todo el que pretenda imponer su dominio al hombre,

ha de apoderarse de su idioma”. La pregunta suscitada es: ¿en qué medida la aparición de la corrección política corresponde a una nueva forma de control social o simplemente a un reajuste *cuasi* automático de los sistemas democráticos? A diferencia de los viejos mecanismos de imposición político-lingüística, propaganda y censura, el lenguaje políticamente correcto ha logrado algo impensable tan solo hace unos decenios: el constante ejercicio de la autocensura en el uso del lenguaje y, por tanto, del propio pensamiento. Lo que algunos autores definen como madurez democrática otros lo contemplan como sutiles mecanismos de auto-control. A lo largo del siglo XX el fenómeno de la “opinión pública” ha contado con eminentes reflexiones, desde las realizadas por Lippmann hasta Habermas, pero con respecto a la corrección política prácticamente no se ha ensayado una explicación desde la teoría sociológica y, ni mucho menos, una reconstrucción histórica sistemática.

2. Rastreado los orígenes históricos de la corrección política

Realizar una arqueología de la corrección política es desesperante pues cada autor que lo ha intentado se remonta a unos orígenes diferentes. Algunos, como Piotr Jaroszynski, afirman que la expresión “corrección política” apareció por primera vez en una sentencia de la Corte Suprema de los Estados Unidos, en 1793, en el caso *Chisholm v. Gerogia*. En la sentencia se afirmaba que *hablar de los Estados Unidos en vez de la Gente de los Estados Unidos* no era políticamente correcto. Otros, como Bill Lind, atribuyen la expresión a una tira cómica. La expresión podemos rastrearla en obras como *El pensamiento cautivo*, de Czelaw Milosz, donde se nos dice que: “un tema políticamente incorrecto no se hubiera salvado de los críticos”. Pero en esta obra, la expresión no adquiere aún el significado que actualmente le otorgamos. Por eso, algunos han querido buscar en ámbitos más académicos el origen de la corrección política. Se ha propuesto, por ejemplo, la notable influencia de Franz Boas en la moderna antropología cultural. Su crítica al universalismo Ilustrado y la reivindicación de las “otras” culturas hubiera permitido a la larga la aparición de la corrección política y su afán por evitar discriminaciones a las minorías culturales.

Sin rechazar los loables intentos por delimitar la aparición del fenómeno en la academia europea, quizá son más acertados los estudios que centran la búsqueda

en una confluencia difusa de ciertos movimientos sociales norteamericanos, de clara tendencia liberal (Spencer, 1994). Aunque es exageradamente contundente la afirmación de Bill Lind: “la corrección política es una versión vulgarizada del marxismo”, sí que podemos considerar que su origen coincide, al menos en el tiempo, con la crisis de la ideología marxista. Tras esa crisis, buena parte de la izquierda europea ya no tiene como objetivo aniquilar el Estado burgués sino mantenerlo y regenerarlo constantemente. Esta lectura política, veremos más adelante, en cierta medida coincide con la teorización sistémica de Luhmann aplicada a la corrección política. Con la caída del mundo soviético y la crisis de las ideologías, el liberalismo norteamericano se ha transformado en uno de los referentes de la socialdemocracia europea. Pero la izquierda norteamericana se caracteriza por sus posturas moderadas y —paradójicamente— por su carácter elitista contrapuesto a la cultura popular (Lasch, 1996). Por eso, aunque la presencia liberal es fuerte en el mundo académico, los estudios sociológicos nos desvelan que todavía no han conseguido la hegemonía cultural (Hughes, 1994).

A principios de los años 90 del siglo XX, el *Higher Education Research Institute* de la Universidad de California realizó una encuesta entre 35.000 profesores en 392 escuelas estadounidenses. Sólo un 4,9 por ciento de maestros se consideraba “izquierdista” frente a un 17,8 por ciento que se proclamaba “conservador”. Incluso en Berkeley, paradigma del radicalismo universitario, sólo un profesor entre 30 del departamento de sociología se consideraba marxista. Ello no quita que marxistas convencidos como Nicos Poulantzas, editor de *Presses Universitaires*, ante el fracaso de una gigantesca colección sobre marxismo al no encontrar suficientes autores marxistas en Francia, poco antes de suicidarse suspirara: “nuestra única esperanza es América”. En este contexto histórico surgirá la corrección política tal y como la conocemos actualmente. Un contexto en el que la intelectualidad liberal norteamericana se resignaba a comprobar cómo el dominio político de los 80 estaba en manos republicanas. Pero no es nuestra intención centrarnos en la mera evolución histórica del fenómeno sino tratar de “comprenderla” desde la perspectiva sociológica.